

Eugenio del Río

Ucrania: Resistencia y solidaridad

Marzo de 2022.

Mi primera reacción estuvo condicionada por la idea de que Ucrania no tenía nada que hacer frente a la maquinaria de guerra rusa y que lo mejor que podría ocurrir era que la ofensiva rusa alcanzara sus objetivos lo antes posible para que las pérdidas de vidas humanas y el destrozo material no fueran muy elevados.

No tardé en comprobar que estaba equivocado.

Dos hechos me hicieron cambiar de opinión.

El primero, el más decisivo, fue la rápida respuesta de buena parte de la población ucraniana, decidida a defenderse, inclusive por medio de las armas, y también del Estado con su presidente a la cabeza.

Mientras en otros países debatíamos sobre las cualidades y los defectos de una resistencia armada, como si se hubiera abierto un tiempo de reflexión antes de actuar, Ucrania ya había decidido y había emprendido una resistencia bajo todas las formas. Esto dejaba en un extraño lugar, un tanto irreal, los debates alejados del escenario ucraniano sobre *lo que debería hacer Ucrania*.

El otro hecho decisivo fue la reacción de la Unión Europea, unida en un terreno, el del apoyo a la resistencia armada, así como en el de las medidas económicas destinadas a presionar a los dirigentes rusos para que pusieran fin a la agresión contra Ucrania.

La unidad nacional ucraniana

En 2014, año de la incorporación a Rusia por la fuerza de la República de Crimea y de la ciudad de Sebastopol, se puso de manifiesto la división de la población ucraniana, división que se expresaba en las distintas identidades políticas e ideológicas, en los enfrentamientos étnicos, en las diferencias lingüísticas...

Desde entonces, y en parte auspiciado por el comportamiento de Rusia, han disminuido los sentimientos pro-rusos. Una parte de la población pro-rusa, espoleada también por los fracasos económicos de los territorios del Este, en los que está más implantada, ha ido modificando su forma de ubicarse políticamente.

También han mostrado su debilidad los sectores sociales ultraderechistas, que han venido pesando poco en las elecciones. Desde 2014, han oscilado entre un 2% y un 3% en las consultas electorales.

Ha crecido, asimismo, la conciencia europea y el modelo ruso ha ido perdiendo influencia. No es casual que el actual presidente, Volodímir Zelenski, demócrata-liberal, fuera elegido en 2019, en la segunda vuelta, con más del 73% de los votos, mientras que el candidato "unitario" de la extrema derecha no lograba pasar del 1,62%, lo que, por cierto, no deja en muy buen lugar la pintoresca preocupación de Putin por liberar a Ucrania del "nazismo".

En estos últimos años ha ido emergiendo una Ucrania más unida. Y es esta unidad la que está experimentando un nuevo reforzamiento a causa de la agresión rusa, la cual está contribuyendo al avance de la conciencia nacional ucraniana.

A cada día que pasaba, quedaba más claro que no iba a haber un triunfo rápido de Rusia. Si el Kremlin contaba con ese desenlace a corto plazo, como se ha venido repitiendo, eso no iba a ocurrir. ¿Quizá había manejado una información deficiente sobre la disposición de la población respecto a Rusia lo que le llevaba a esperar una acogida más favorable?

Desde entonces ha ido cobrando fuerza en España un debate sobre la entrega de armas a Ucrania. El Gobierno se ha sumado a la corriente europea partidaria del envío de armas defensivas para hacer frente a las fuerzas invasoras.

Una parte de la población española (un tercio más o menos según los sondeos de opinión) es contraria a esta política de apoyo con armas a la resistencia ucraniana, mientras que una amplia mayoría se declara favorable.

Todas las guerras son malas

En la controversia pública sobre el envío de armas a Ucrania ha intervenido la constatación sobre los males que acarrearán las guerras en general. No está mal que este importante problema ocupe un lugar destacado en el debate público. Pero, a la vez, opino que la cuestión del envío de armas a Ucrania no se puede reducir a las discusiones de carácter general sobre los males que causan las guerras.

Tampoco se puede presuponer que quienes tienen un punto de vista más severo sobre los conflictos armados deberían oponerse a tal envío y, a la inversa, como si las opiniones a favor de ese apoyo a la resistencia armada ucraniana denotaran forzosamente una actitud más belicista o menos consciente acerca de las calamidades que traen consigo las guerras.

En mi trayectoria personal ha ido asentándose, desde hace muchos años, un punto de vista sumamente crítico respecto a todas las guerras. No solo por la catástrofe que suponen en lo referente a las muertes de seres humanos, las mutilaciones, las oleadas de refugiados, la destrucción de bienes materiales (viviendas, infraestructuras, fábricas...) o el desabastecimiento de bienes de primera necesidad. O a las dinámicas bélicas que ponen en marcha y que pueden desembocar en conflictos mayores.

También han de tenerse en cuenta otros aspectos que no siempre aparecen en primer plano. Estoy pensando en los perjuicios ocasionados por las guerras a la cultura de la paz, en la *militarización de las conciencias*, en la inevitable expansión del fanatismo, de la crueldad y de los odios entre sectores de la población o entre distintos pueblos, en la importancia adquirida por quienes muestran mayores aptitudes para el combate, que no siempre son los más indicados para liderar los esfuerzos en favor de una vida buena y de una convivencia satisfactoria. Las capacidades militares no son incompatibles con las cualidades cívicas pero tampoco son idénticas a ellas.

Las guerras, decididamente, no son una vía apropiada para tratar los variados conflictos que se producen en el interior de los países o en la arena internacional. La Carta de las Naciones Unidas dispone que es obligatorio resolver los conflictos por medios pacíficos. Solo admite una excepción: *la legítima defensa*.

Y ello en el entendido de que el uso de la fuerza para defenderse está sujeto a reglas como la de la proporcionalidad de la respuesta o la ausencia de crueldad en el trato al enemigo.

Males menores y males mayores

Pero una apreciación crítica sobre las guerras no suministra una base suficiente para abordar con buen tino el problema de la entrega de armas a Ucrania.

Las guerras no se pueden reducir en todos los casos a sus facetas más espantosas. Ocurre que algunas guerras son ambivalentes. Ciertamente, no cabe nunca desembarazarlas de sus componentes más sombríos, pero estos pueden aparecer combinados con otros elementos cuales son los de poner fin a una tiranía o detener una agresión, como sucede hoy en Ucrania, y poner fin a la guerra.

Sé que tiene un aire paradójico justificar una guerra de legítima defensa y, al mismo tiempo, ser consciente de los horrores que toda guerra entraña. Pero en las presentes circunstancias no existe la posibilidad de optar por un bien puro. El pueblo ucraniano ha tenido que elegir entre dos males: aceptar la invasión y la ocupación, con sus penosas consecuencias, o resistir, sirviéndose de todas las formas posibles de resistencia, para obligar al Kremlin a desistir.

Es deseable que la guerra en Ucrania termine lo antes posible, por supuesto. Bastaría para ello con que se retiraran las fuerzas rusas o con que se rindieran, de hecho o formalmente, las ucranianas. Pero, si hubiera una derrota total de Ucrania o su rendición, no se evitarían los males que resultarían de la victoria rusa.

El pueblo ucraniano se ha visto forzado a escoger entre los distintos males que gravitan sobre Ucrania. Y también sobre Europa y sobre la propia Rusia. No hay solución enteramente buena, sin grandes inconvenientes. Como tantas veces en la historia, la mejor opción es el mal menor.

Una conciencia lúcida sobre los males que conllevan las guerras no resuelve el problema de qué hacer ante el problema concreto que nos ocupa.

Por un lado, las diversas formas de resistencia desarmada como las manifestaciones, los sabotajes, la puesta en pie de barricadas o la no cooperación con las fuerzas invasoras, se están ya combinando con la resistencia armada.

Pero, por otro lado, aunque Europa no le entregue armas, parece claro que el pueblo ucraniano va a seguir combatiendo, solo que, si no se le apoya con armas defensivas, lo va a hacer en peores condiciones. Lo que ocurrirá es que continuará su lucha con los medios de los que dispone lo que le dejará en una posición de mayor debilidad, facilitará los ataques del ejército invasor y reforzará su capacidad destructiva.

La diplomacia y la negociación: una falsa alternativa

Hay quienes preconizan que no se manden armas al país agredido y que se dé la prioridad a la diplomacia y a las negociaciones. Lo que prometen propuestas como esta, que pueden parecer útiles para reducir el alcance de la violencia, tiene un atractivo evidente.

Pero pienso que tales propuestas son más bien un recurso retórico; se llevan mal con la realidad. Se sitúan fuera del mundo real en el que la guerra es ya un hecho y en el que la diplomacia y la negociación dependen del curso de la guerra.

En todo caso, la negociación entre las partes involucradas es, en este caso, especialmente difícil. Es grande la asimetría entre la fuerza de la potencia agresora y la del país agredido. Además, las negociaciones están condicionadas por otras potencias que no intervienen directamente en la guerra pero sí lo hacen indirectamente.

Por otro lado, es compleja la relación entre la resistencia armada y el fin de la guerra a través de negociaciones.

Si se desea que prime, por encima de todo, la disminución al máximo de la pérdida de vidas, acaso fuera preferible no responder por la fuerza al ocupante o, si ya se ha iniciado la resistencia armada, deponer las armas sin más. Pero no es posible verificar el valor de esta suposición porque no sabemos si esa hipotética victoria rusa no llevaría al Kremlin a emprender nuevas agresiones en otros lugares con el consabido acompañamiento de muertes y destrucciones.

Es inevitable pensar también en el peligro de enfrentamiento nuclear. Existe un amplio consenso en considerarlo altamente improbable pero no se puede considerar imposible. Esto condiciona las relaciones internacionales en alto grado y pesa especialmente sobre los países que tienen una mayor proximidad con uno de los dos campos con misiles nucleares. Este hecho lleva en algunos casos a concluir que, en una situación como la actual, Ucrania debería renunciar a defenderse para alejar cualquier riesgo de choque nuclear.

Si se diera por bueno este criterio, el derecho a la legítima defensa frente a una agresión y una ocupación quedaría reservado para unos países al tiempo que se negaría a otros. La justicia saldría mal parada ante tamaña desigualdad.

Así pues, la invasión de Ucrania suscita un dilema trágico para el pueblo ucraniano: ha de elegir entre dos males: responder a la agresión con los recursos a su alcance o inclinarse ante la ocupación rusa, por aquello de evitar una escalada en la guerra.

Pero esto último conlleva problemas de envergadura: Ucrania quedaría reducida a un dominio ruso; podría establecerse un régimen controlado por Rusia del que no cabe esperar que fuera más democrático de lo que es el de Putin en la propia Rusia; se puede esperar que fuera reprimida duramente cualquier forma de protesta y que las minorías y los disidentes sufrieran nuevas persecuciones; se podrían ver frenadas las tentativas de hacer de Ucrania un país pluralista e inclusivo; en la misma Rusia se consolidaría el poder de Putin y la represión sobre lo mejor de la sociedad, que hoy es perseguida por su ejemplar oposición a la guerra; los países europeos limítrofes con Rusia quedarían en una situación de mayor vulnerabilidad; cristalizaría la división del continente europeo en bloques militares mutuamente hostiles; tomaría un nuevo impulso la industria de las armas y se incrementarían los gastos militares; la derrota o la rendición de Ucrania supondría un reforzamiento de la conducta agresiva de Rusia, crecerían sus impulsos militaristas y belicistas, y seguirían siendo enviados los jóvenes rusos a matar y a morir fuera de su país. Y todo ello sin hablar del riesgo de un choque nuclear que, en semejante contexto, crecería.

Quienes se oponen al envío de armas suponiendo que así se evita una escalada bélica no tienen suficientemente en consideración que una derrota de Ucrania podría propiciar nuevas aventuras bélicas rusas con los consiguientes riesgos para la paz. La defensa de Ucrania trasciende a la propia Ucrania, la cual, al defenderse, está defendiendo a otros países europeos y a la misma población rusa, víctima también de la belicosidad del Kremlin.

Entiendo que es preciso parar los pies a Putin y dar paso a una nueva era de superación de las divisiones de la Guerra Fría, lo que requiere una voluntad de todas las partes encaminada a alcanzar ese fin. Un triunfo de la Rusia de Putin en Ucrania alejaría ese horizonte.

No creo que se pueda justificar la negación al pueblo ucraniano de la ayuda en armamento defensivo invocando una hipotética negociación que, en las condiciones actuales, carece de suelo sobre el que apoyarse. La diplomacia y las negociaciones no han dejado de existir. Pero las negociaciones actuales no son una alternativa a la resistencia en todas sus manifestaciones. Menos aún *la alternativa*. Son solo una pieza secundaria en un tablero de piezas múltiples.

Frenar a Putin, obligarle a poner fin a la agresión

La guerra de invasión la han iniciado y la mantienen los dirigentes rusos de acuerdo con unos propósitos cuya ambición última desconocemos. Si Ucrania es derrotada o se rinde podrán alcanzar sus objetivos expansionistas con mayor facilidad.

Hoy Putin no quiere negociar el fin de la guerra; lo que pretende es doblegar la resistencia ucraniana. Y en cualquier negociación, la parte ucraniana solo podrá obtener algunos resultados si muestra su capacidad y su determinación defendiéndose de la agresión con todos sus medios.

Quienes estamos a más de 3.500 km de distancia podemos debatir todo lo que queramos, pero no deberíamos ignorar que el pueblo ucraniano ya ha decidido. Lo que nos toca resolver es si le vamos a respaldar o no en todos los terrenos, desde la acogida de refugiados, hasta el envío de alimentos y medicinas, pasando por las medidas económicas para presionar a Putin y a los suyos, y sin olvidar el apoyo en armas defensivas para limitar la potencia del ejército invasor y hacerle retroceder.

Es en este terreno en el que actualmente se desenvuelve la Unión Europea, cuando envía a Ucrania misiles contra carros de combate y contra helicópteros y aviones. No se están entregando ni blindados, ni artillería, ni aviones de combate. Estas restricciones denotan la doble voluntad europea de apoyar al Ejército y a los combatientes civiles ucranianos, a la vez que intentan de limitar los riesgos de escalada.

En los debates de la izquierda europea se dejan oír las voces de quienes creen conocer mejor que los propios ucranianos lo que más les conviene.

No sabemos qué posibilidades tiene hoy la resistencia ucraniana. Unas veces la razón y la justicia triunfan y otras veces, no.

Pero ya no se trata de meras diferencias de opinión. La altiva pretensión de algunas gentes europeas de saber mejor que los propios ucranianos lo que tienen que hacer se

convierte en un problema mayor cuando se pasa de la opinión a la convicción y de esta al condicionamiento del comportamiento ucraniano negando el acceso a armas que le pueden ayudar a defenderse. Es como si se le dijera al pueblo agredido: *“Yo sé mejor que tu lo que te conviene, y por eso no te voy a dar armas. Arréglatelas como puedas”*.

Si Europa diera marcha atrás en su apoyo a Ucrania –actualmente no es así–, el pueblo ucraniano, que ya ha decidido lo que más le conviene o lo que le perjudica menos, no podría entenderlo, afrontaría nuevas dificultades y el criminal de guerra Putin se frotaría las manos.